

BALOUP, Daniel. *La Reconquista. Un proyecto político entre la cristiandad y el islam*. Madrid: Epalsa, 2025. 251 pp. ISBN: 978-84-17703-17-2.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/e8fh7e96>

La obra de Baloup es la traducción de la publicada en francés por Armand Colin en 2023 con el mismo título (*La Reconquête. Un projet politique entre Chrétienté et Islam*). Aparece en la colección «El Buey Mudo» de la editorial Epalsa, traducida por un asiduo colaborador de la prensa católica de ultraderecha, un perfil que encaja con el del catálogo de la colección, que nos remite a referentes del pensamiento católico conservador como Chateaubriend, Chesterton y Menéndez Pelayo y a ultraderechistas filonazis como Ramiro de Maeztu, entre otros. Datos que nos remiten a un entorno ideológico que no resulta indiferente a la hora de comprender las razones que explican la publicación de una versión española de este trabajo.

Carente de notas y solo acompañado de una «bibliografía indicativa» integrada por diecinueve referencias, en su mayor parte monografías, la obra se articula en cinco capítulos, precedidos de una introducción y cerrados con una conclusión. Puede decirse, por lo tanto, que estamos ante un trabajo de divulgación académica dirigido a un público amplio. El apartado introductorio permite al autor reflexionar sobre la idoneidad del título elegido y realizar algunas reflexiones en torno a la noción de Reconquista. El primer capítulo («El comienzo de la expansión») arranca con la descomposición del califato omeya de Córdoba y analiza el origen del reino de Asturias. El segundo («De Toledo a Sevilla») analiza las conquistas del período 1085-1248, mientras que el tercero («De Sevilla a Granada») hace lo propio con las que se producen entre 1248 y 1492. El capítulo 4 («Guerra Santa, Cruzada, Reconquista») se centra en los aspectos ideológicos de la expansión, abordando la aplicación de las nociones de «guerra santa» y «cruzada» en el contexto peninsular. El capítulo 5 («Las formas de la coexistencia») plantea el problema de la evolución de las minorías religiosas, centrándose en los musulmanes mudéjares y la vida de frontera. Por último, la conclusión («La expulsión de las minorías religiosas: ¿el punto final?») se centra en los decretos de conversión y expulsión que, en el transcurso de 32 años (1492-

1525) liquidaron una diversidad religiosa que había caracterizado a las sociedades peninsulares durante siglos, así como en la relación entre los dos conceptos que vertebran el libro, Reconquista y coexistencia.

Frente al carácter predominantemente descriptivo y narrativo de los primeros capítulos, la parte más interesante y original de la obra se desarrolla en el apartado 4, en el que el autor plantea el análisis de la noción de guerra santa como base ideológica central del concepto de Reconquista, contraponiendo la existencia de dos modelos, el local, de tradición veterotestamentaria y origen asturiano, en el que el soberano ejerce de mediador entre la divinidad y el pueblo, y el modelo papal, que se acabará imponiendo desde el siglo XII, en el que la función de intermediación queda en manos de los santos, sobre todo de Santiago. Gracias a su dominio de la Iglesia local, sin embargo, los reyes castellano-leoneses pudieron instrumentalizar la cruzada, una herramienta que, en principio, había servido para fortalecer los intereses del papado. Baloup plantea que la tradición local de sacralización de la guerra contra los musulmanes impidió que la cruzada funcionase igual que en otras partes de la cristiandad europea.

Asimismo, el capítulo 5 constituye una buena síntesis sobre el tema de las minorías religiosas, judía y, sobre todo, musulmana. Un análisis actualizado y equilibrado sobre un tema que ha dado lugar a frecuentes distorsiones, confusiones, malentendidos y prejuicios y que Baloup plantea de manera precisa, documentada y, algo importante cuando se aborda esta temática tan conflictiva, con ecuanimidad.

La obra aúna cualidades que obligan a calificarla como una buena síntesis del proceso de expansión de los reinos peninsulares entre los siglos XI y XV. Un trabajo escrito en forma de ensayo que se lee de manera fluida y que desarrolla con precisión y sencillez los temas abordados, explicando de manera clara y con un lenguaje apropiado y asequible los dos grandes procesos que vertebran su narrativa, conquista y coexistencia. Sin embargo, a pesar de estas virtudes, confieso que no sería el libro que recomendaría a nadie que quisiese adquirir una visión de conjunto sobre la conquista de al-Andalus, vista desde la perspectiva cristiana, algo que requiere una explicación más detenida.

De manera consciente, Baloup ha decidido otorgar un protagonismo central al concepto de Reconquista, situándolo en el título principal de la obra. El autor no parece ser ajeno a la problemática que subyace al concepto, ya que la aborda, de manera somera, en una introducción presidida por interrogantes («¿Hubo Reconquista?») y caracterizada por una llamativa superficialidad en el tratamiento del tema. Ya que Baloup se alinea con

quienes, en la actualidad, insisten en otorgar validez académica a este concepto, cabría al menos haber esperado alguna consideración respecto a los desarrollos más recientes producidos desde este sector, en el que destacan los trabajos de Carlos de Ayala, autor que plantea la existencia de cuatro ideales distintos de recuperación del territorio asociados a distintos actores y elaborados desde premisas diversas. Al dar protagonismo central a la Reconquista y al hacerlo de la manera en que lo hace, Baloup se sitúa a sí mismo en un lugar muy concreto de la conversación en torno a este problema, que ha sido tratado de manera extensa durante los últimos años, en España, algo que difícilmente podría haber escapado a la atención de quien ha formado parte durante largo tiempo de una institución tan importante en nuestro país como la Casa de Velázquez.

Desde hace tiempo, la mayoría de la historiografía académica ha optado por prescindir de una noción rancia, obsoleta, desfasada, anacrónica, esencialista, etnocéntrica, nacionalista, colonialista, mitificadora y fuertemente tóxica que, lejos de contribuir a mejorar el conocimiento del medioevo peninsular, genera considerables dosis de confusión y contribuye a la reafirmación de prejuicios y estereotipos. Un sector minoritario, sin embargo, viene planteando la conveniencia de su uso restrictivo, y supuestamente neutro o desideologizado, limitado a la designación de la ideología (o ideologías) de legitimación de la guerra contra los musulmanes. De esta forma, la noción tradicional de Reconquista como sinónimo del período medieval en su conjunto o, en su caso, como designación del proceso de expansión de los reinos cristianos peninsulares se reduce, en la actualidad, a los sectores académicos y sociales más tradicionalistas. Al utilizarlo para definir el «ensanchamiento de los reinos hispánicos a expensas de al-Ándalus», (p. 27), Baloup se posiciona dentro de este sector, limitando la operatividad del concepto al proceso de conquistas que comienza a mediados del siglo XI.

Es cierto, sin embargo, que su adhesión al concepto se realiza, en apariencia, sin demasiada convicción, única forma en la que cabe interpretar la desconcertante declaración en la que afirma que «se trata de una categoría historiográfica que no describe una realidad histórica; la Reconquista no fue una reconquista» (p. 23). En ausencia de un desarrollo explicativo por parte del autor, solo cabe especular con el significado exacto de esta premisa, que parece remitirse a la idea de Reconquista como mero convencionalismo terminológico. Sea por razones de mero oportunismo o por convicción, Baloup no sólo adopta la arriesgada decisión de otorgar protagonismo central a una noción fuertemente tóxica, sino que lo hace, además, despachando la

justificación de su elección con un argumentario cuya pobreza revela una profunda desconexión, o desdén, respecto a los debates que, desde hace quince años, se vienen produciendo en la historiografía española al respecto, así como ciertos sesgos y tendencias.

La obsolescencia del argumentario queda de manifiesto en relación con la transversalidad ideológica del concepto, que Baloup utiliza para sostener que el «mito fundacional» de la Reconquista no es, en realidad propio de los sectores más reaccionarios, dado que su principal portavoz durante el siglo XX fue el republicano Sánchez-Albornoz (p. 20). Al margen de que la valoración historiográfica de dicho autor exige muchos más matices, el argumento de Baloup, sin embargo, tiene una fecha de caducidad bien establecida: la publicación, en 1978, de la obra de Barbero y Vigil. Privado de la amplia transversalidad de la que había gozado hasta entonces, el concepto ha seguido funcionando hasta la actualidad gracias a la inercia acumulada durante más de un siglo y al renovado impulso de los sectores más reaccionarios y conservadores.

Más allá de sugerir que no tiene porqué ser necesariamente un concepto reaccionario, la legitimación de la Reconquista se reduce a que «no hay terminologías inocentes» y que, por lo tanto, cuestionarla obligaría a hacer lo propio con otros términos, como «Edad Media», a lo que se añade el manido y falso argumento de la ausencia de «alternativa convincente». En este sentido, Baloup encuentra insatisfactoria la expresión «conquista feudal» debido a que sobrevalora los factores sociales y económicos y a que procede de entornos académicos catalanes y valencianos, siendo España un país «fatigado por las reivindicaciones regionalistas» (p. 22). Al margen de la imprudente arrogancia de autoproclamarse portavoz de una sociedad integrada por casi cincuenta millones de personas y caracterizada por una amplia diversidad territorial e ideológica, este argumento contiene una explícita apelación al contexto político para cuestionar cierta terminología académica. Se trata, sin embargo, de una apelación parcial y tendenciosa, ya que, siguiendo su propia lógica, Baloup podría haberse planteado si en España existen ciudadanos «fatigados» por la herencia de una dictadura que dejó decenas de miles de víctimas, muchas de ellas todavía enterradas en las cunetas, y también por el auge imparable de una ultraderecha machista, homófoba, racista, xenófoba e islamófoba que para legitimar sus ideas se remite al mismo marco conceptual al que el autor otorga legitimidad en su obra. Cabe, en este sentido, preguntarse si la aparente desgana del autor no representa, en realidad, más que una estrategia destinada a evitar mostrar un excesivo entusiasmo que podría llevar a confundirlo con dichos sectores. Sea

de ello lo que fuere, Baloup debería al menos haber tenido la honradez intelectual de no pretender utilizar falsos argumentos historiográficos para justificar el uso de una terminología asociada a un contexto ideológico y a unos sectores académicos respecto a los que, al parecer, no tiene nada que objetar, porque ni siquiera los menciona.

El autor, por lo tanto, hurta a sus lectores el debate que subyace al vocabulario historiográfico que utiliza, opción que cabe considerar, como poco, escasamente académica. El problema de Baloup y de todos quienes, por razones distintas, se aferran a la noción de Reconquista, radica en que optan por ignorar al elefante en el salón. Pese a su amplia trayectoria historiográfica, «Reconquista» nunca ha sido, en realidad, un concepto académico destinado a facilitar la comprensión del período medieval peninsular. Se trata de un producto moderno asociado al nacionalismo y destinado a legitimar la exclusión y la violencia, retórica y física, en contextos diversos. Partiendo de su utilización decimonónica para afirmar la identidad exclusivamente católica de la nación española, ha servido, de manera sucesiva, para legitimar la violencia colonial en el Norte de África, la violencia exterminadora contra los «malos españoles» ejercida por el terrorismo nacionalcatólico franquista y la violencia contra los inmigrantes pobres de origen árabe o musulmán en la actualidad. Esta ha sido, desde su origen, la única razón de ser del término, por más que, en pleno siglo XXI, siga habiendo sectores académicos empeñados en su legitimación. Solo desde el más absoluto solipsismo o ensimismamiento cabría pretender que la práctica historiográfica académica pueda ser ajena al contexto social y político en el que se desarrolla, algo que el propio autor parece admitir con su referencia a la «fatiga» causada por las reivindicaciones regionalistas.

Podría aducirse que la amplia trayectoria académica de la Reconquista justificaría que, en un libro concebido originalmente para un público francés, la toxicidad asociada a este concepto quedase eclipsada por su aparente funcionalidad historiográfica. Nada más lejos, sin embargo, de la realidad, ya que Francia es, junto a España y Portugal, uno de los países en los que el término sigue utilizándose para movilizar a los sectores sociales más conservadores y reaccionarios, como revela la fundación en 2021 de *Reconquête*, partido político del ultraderechista Éric Zemmour. Que Baloup haya optado por ignorar este aspecto no resulta, desde luego, una excepción, ni siquiera en su país, donde, bajo el título de *La Reconquête: l'Espagne de 711 à 1502*, Adeline Rucquoi ha publicado más recientemente otra obra que se remite al mismo marco conceptual y que, a buen seguro, acabará siendo también traducida al castellano.

Cabe plantear qué razones puede haber, más allá de la obstinación o la pereza mental, para seguir otorgando vigencia académica a una categoría historiográfica «que no describe una realidad histórica». Dicha vigencia, en cambio, sí permite entender que una editorial vinculada al mismo entorno ideológico que, desde el franquismo, ha convertido a la Reconquista en una de sus banderas más reconocibles haya considerado de interés traducir la obra de Baloup. En contextos democráticos, las ideologías de exclusión necesitan revestirse de ropajes académicos que permitan disimular su verdadera naturaleza, otorgándoles una apariencia de legitimidad. Dicho de otra forma, la complicidad académica, voluntaria o involuntaria, representa un aspecto relevante en la legitimación de esas ideologías. Solo cabe lamentar que esta evidencia sea ignorada de manera permanente por ciertos sectores académicos, flagrante desdén hacia las responsabilidades sociales que conlleva la práctica historiográfica profesional.

Alejandro García Sanjuán
Universidad de Huelva
sanjuan@uhu.es